

LA SEMIÓTICA SALE DE PASEO EN LA ERA DE LOS *OBJETOS NUDOSOS*

SEMIOTICS GO FOR A WALK IN THE AGE OF KNOTTY OBJECTS



Fernández, José Luis (2021). *Vidas mediáticas. Entre lo masivo y lo individual*. Buenos Aires: La Crujía.

Alejandro Piscitelli

UBA/UNTREF/UNSAM

Argentina

apiscite@well.com

Identificador permanente (ARK): <http://id.caicyt.gov.ar/ark:/s18535925/jqau10id9>

“Los investigadores audaces y creativos de ayer se van convirtiendo en gurúes conservadores en la medida en que envejecen. Hay comportamientos académicos que parece que ninguna revolución tecnológica y cultural hará desaparecer”

José Luis Fernández

“Hay dos maneras de vivir la vida: como si nada fuera un milagro, o como si todo fuera un milagro. Esa soy yo.”

Neri Oxman

Vidas mediáticas. Entre lo masivo y lo individual, el más reciente libro de José Luis Fernández –semiótico investigador de la UBA y UNTREF– barre dos grandes problemáticas: una que reconoce y desarrolla las teorías fundantes de la semiótica de los medios, propia del siglo pasado, centrada en las relaciones entre audiencias y contenidos en los medios tradicionales –gráfica, radio, cine y televisión- y otra en la que advierte la obvia necesidad de repensar estas relaciones a la luz de las tecnologías propias de nuestro siglo: la virtualidad se presenta apenas como el soporte de un haz de remisiones que, en pleno siglo XXI, parece no tener límites.

Bibliografía rizomática

Una vieja tradición libresca nos recomendaba empezar a leer los libros por la contratapa o mejor aún por la bibliografía. En el caso del arqueólogo Fernández, deslizarnos por ese recorrido no sólo nos brinda un fascinante compendio de los mejores trabajos que se han hecho en la semiótica de los medios en las últimas décadas, sino que también nos abre un panorama de cuál podría ser el futuro de una semiótica desencapsulada de sus atavismos más tradicionales, abierta a una conversación multimodal y sobre todo multiparadigmática tan necesaria en estos momentos de reduccionismos sin fin y de “panelismo académico” torpe y desviado.

Tapizando esas centenares de referencias (unas 500 entre papel y electrónico) queda claro que este *libro mosaico* dialoga con innumerables tradiciones de investigación, con excelentes análisis de casos, con un atrevimiento mayúsculo que no le escapa a las lecciones erróneas de los precursores, a las promesas desaforadas de los tecnofílicos, o a cualquier dualismo que permea hasta el día de la fecha tanto a las ciencias sociales como a las ciencias duras, y nos obliga a hacer elecciones sesgadas donde sacrificamos simultáneamente la complejidad y la granularidad.

Si bien a lo largo de estas páginas desfilan innumerables filiaciones, llamativas controversias y un intento permanente de establecer relaciones y contactos entre tradiciones de investigación muy disjuntas, tales como son las provenientes de Europa y EEUU y las elaboradas en nuestras Américas, son dos grandes interlocutores, Oscar Traversa y Carlos Scolari, los que permanentemente balizan el itinerario de Fernández, mientras chacotea y le saca chispas a las contribuciones de muchos de estos talentos, algunos amigos, otros conocidos, que generan en su recombinación numerosas propuestas de investigación valiosas y llamativas.

Temas tan diversos pero conectados como las mediatizaciones del sonido y sus relaciones con lo urbano, la transparencia mediática de lo tecnológico y el contrato de fondo que lleva a cuestionarla, la apuesta a la complejidad iniciada por Rolando García (aunque el libro explícitamente veda la discusión epistemológica), son algunos de los recorridos que invita a hacer.

Desfilan en las nueve partes que conforman la obra, la búsqueda de convergencia, un examen de las fronteras de las materialidades mediáticas que pone especial atención en la circulación intersticial y las movilidades. Están presentes los nombres de Roberto Igarza, Sandra Valdetaro, Eliseo Verón, Mario Carlón, Armando Silva, Martin Becerra, Juan Samaja, Ruben Lopez-Cano del lado hispanoparlante y Frederic Martel, Bruno Latour, Sonia Livingstone, John B. Thompson, Jose van Dijck, Robert K Merton, Gabriel Tarde, Umberto Eco, Marc Angenot, Edgar Morin, Yuri Lotman, Jacques Aumont, Rudolf Arnheim y muchos otros del lado yanqui-europeo, por citar solo a unos pocos.

Los grandes temas organizadores son aquí las interfaces, los ecosistemas y el sistema de intercambio mediatizado. Para tratarlos recurre a la semio-historia, que se abre en un arco tridimensional para dar cuenta de la materialidad técnica; lo genérico-estilístico y los usos sociales de estos intercambios.

Fernández no es avaro a la hora de recordar que la única forma de cubrir un terreno exploratorio tan vasto es abrevando en al menos siete campos: la historia de los medios; la interacción discursiva; las experiencias del usuario; la circulación; el nivel músico/semiótico; los nuevos criterios de propiedad y regulación y las múltiples relaciones que se pueden entablar con otras disciplinas. A lo cual hay que añadir otra tríada insustituible conformada por tres perspectivas de observación: micro, meso y macro.

|3|

Neologismos a rolete

Cada uno de los autores exprimidos aporta conceptos, problemáticas, enfoques y metodologías que no son nada fáciles de articular entre sí. El desafío para Fernández consiste en profundizar en las indicaciones previas, cuestionar ciertos desvíos infructuosos, acudir a nuevos aliados y voceros, intentando sumar miradas, recortes, articulaciones, y sobre todo un *enfoque irreduccionista* que requiere de numerosos neologismos, visiones binoculares, lecturas al ras y conexiones inesperadas cuando estamos demasiado acostumbrados a paráfrasis, redundancias y argumentos *ad hominem* más preocupados por la descendencia académica que por la ascendencia creativa.

Desfila así sin cesar en las páginas iniciales, pero sobre todo en los diagnósticos y resistencias con los que Fernández aborda las limitaciones en los enfoques dominantes de las transformaciones mediáticas, la poderosa propuesta de los sistemas de intercambio discursivos mediáticos, las metodologías para la transformación mediática y el enfoque estilístico que aporta una pata poco común cuando se intenta ampliar el poder explicativo de la semiótica, combinándolo con los de la ecología de los medios, los enfoques etnográficos y antropológicos, la economía de los medios, y el *big data* hasta llegar a una historia del largo plazo de las inscripciones materiales y el simbolismo como marca humana por antonomasia.

Dado que el autor viene trabajando hace décadas sobre la *audiovisión* y el rol de los nuevos regímenes de escucha y oralidad no sorprende, pero alegra, encontrar en su variopinto vocabulario la voz *audionautas*. También aparecen en un lugar destacado de su recorrido las *mixtopías*, esas intersecciones entre lo real y lo virtual, lo escritural y lo visual, el reposo y el movimiento tan bien trabajadas por Oscar Traversa.

Después de todo vivimos todavía en una época mixtópica, no muy entendida como tal, en la que las distopías ficcionales ponen de manifiesto el malestar que produce esta categoría porque no pueden convivir con la ambigüedad constitutiva que subyace a la vida social.

Ver tematizados y rescatados con el valor que tienen a los Sonideros, los Flashmobs, los tópicos de la Movilidad/Circulación. Encontrarnos con Sophia Sciocco y sus referencias sutiles a los sistema de recomendación, o con la antropología de los Smartphones de Daniel Miller. Descifrar el fracaso del *Google Glass* como esfuerzo de articulación entre movilidad y realidad aumentada debida al intento de introducir mediatizaciones audiovisuales en la movilidad activa, ha sido fuente de inmensa satisfacción.

|4|

Fernández logra hacer el rodeo de la especialización siendo él un refinado especialista. Si bien los primeros capítulos son más escritos tácticos que formulaciones de estatutos, en la segunda parte del libro el peso se invierte y las propuestas (aún en ciernes) son una invitación permanente a abrir nuevos territorios y campos, subiéndonos a los hombros de gigantes.

Pretendiendo lo imposible, podemos resumir su propuesta como el intento de repensar las mediatizaciones como un fenómeno complejo, desbrozar el terreno y definir qué entendemos por *Post-broadcasting*, sabiendo que ninguna galaxia (especialmente la de Gutenberg) termina, porque al contrario siempre revive y se resignifica en su contacto con nuevos estímulos y lecturas.

Fernández mira la vida en plataformas (el oxígeno del que nos estamos nutriendo a lo largo de estas tres décadas), pero de un modo distinto al convencional. Donde generalmente se habla sin especificidad y muy laxamente del mundo virtual (como opuesto al real), él postula la necesidad de pasar de lo micro y lo material a la convergencia con diversas estrategias de investigación

En vez de regodearse con cifras y prejuicios frente a los opinadores silvestres, prefiere diseccionar la semiosfera revisando meticulosamente las fronteras e intersticios y adentrarse en los *hojaldramientos* (otro neologismo exquisito) espacio-temporales.

La unidad de análisis que mejor representa el estatuto de la complejidad es la del sistema de intercambio discursivo. Para Fernández, las mediatizaciones son todos los sistemas de intercambio discursivo o de servicios con soporte tecnológico.

De lo tecnológico a los dispositivos técnicos

Uno de los aportes más interesantes del periplo consiste en alejarse de tecnofilias y tecnofobias y de la versión (causal) de “impacto” de lo tecnológico sobre lo social (o viceversa), y en resituar a las tecnologías dentro del cinturón protector de los dispositivos técnicos.

El dispositivo se retematiza como proceso de producción de sentido, lo tecnológico en cambio queda en el fondo de estas reflexiones como complejo proceso ingenieril. A martillazos, Fernández nos recomienda evadirnos de las posiciones espectrales o de la tendencia a dejarnos llevar por la lista de novedades técnicas convertidas en barómetro de estar *à la page*.

Sobre todos estos temas, los opinadores hablan demasiado livianamente olvidando lo que investigadores como el genial Michel Chion nos enseñaron acerca de los siete efectos técnicos básicos, u Oscar Traversa, acerca de los dispositivos y el film no fílmico. Lo que abunda en la propuesta de Fernández es el *efecto zoom*: la capacidad de ir de lo micro a la macro pasando por lo meso cíclicamente.

Este tipo de análisis es particularmente fértil cuando se aplica a la movilidad y las mediatizaciones de sonido. El efecto de novedad transformadora que genera un nuevo tipo de movilidad en una especie como la nuestra, entrampada durante milenios en lo agrícola y lo urbano, estalla cuando pasamos a las migraciones, a la gentrificación urbana y al turismo como manifestaciones de mediatizaciones *postbroadcasting*.

Lo propio del siglo XX tardío es el pasaje del *broadcasting* al *postbroadcasting* y del reconocimiento de la omnipresencia del *mainstream* a la microinmanencia intersticial.

El *smarthpone* deviene el centro de la movilidad mediatizada como innovación divina emanada de las manos de Steve Jobs, perdiendo de vista su multidimensionalidad (su naturaleza de hiper-objeto) al no tematizarlo como sistema técnico.

La idea de que el *smartphone* aísla a sus usuarios es una simplificación típica de los opinadores, muchas veces con muchos pergaminos, acerca de fenómenos que no investigan. Hay tantas actividades, y no solo discursivas, para realizar a través de un *smartphone* que solo un listado superficial permitiría describir muy diversos tipos de aislamiento, pero también muchos tipos de conexión con sus contextos de uso y, muy enfáticamente, de interacción, un concepto absolutamente opuesto al de aislamiento.

Nos creemos hijos de Marconi, pero seguimos siendo choznos de Gutenberg. Nuestra sociedad sigue siendo epistémicamente escritural y audiovisual. Quien habla genéricamente del uso social de los *smartphones* cae en el mismo nivel de generalidad de quien habla de vida cotidiana en el capitalismo.

Lo central es comprender que las diversas mediatizaciones, plataformas, aplicaciones y redes, y sus relaciones con los resistentes medios masivos, son contextos de nuestra vida social, del mismo modo que lo son el hogar, el bar, la oficina donde trabajamos, las instituciones educativas, los clubes o las sucursales bancarias. Si elimináramos esos contextos no habría vida social y cultural, aunque con los contextos solos no alcanza: hay que comprender cada intercambio dentro de ellos.

Queda claro que nuestra cultura prefiere registrar sus productos y no sus procesos de producción. Por eso perdemos de vista que la combinatoria entre *smartphones*, plataformas en *streaming* y auriculares ha producido un actor urbano móvil desconectado de su paisaje urbano.

No por nada Akio Morita despidió a sus responsables de *focus groups* cuando a mediados de los años '80 pretendieron convencerlo de que escuchar música en solitario no tendría éxito comercial. Al revés, la vida musical en auriculares se ha convertido en una nueva fase de la vida a secas.

En todos estos procesos vemos una tensión estructural entre *broadcasting* y *networking*. No es cierto que todo ha cambiado, ni tampoco que lo moderno es mera repetición. No debemos ser rehenes del *invencionismo*. Las plataformas y las redes no reemplazan a los medios tradicionales más allá de muertes parciales o transformaciones profundas. La riqueza del recorrido de Fernández es llevar adelante un *procedimiento de rodeos y espiralización* como estrategia metodológica modélica. Mejor que hablar de relaciones entre lo nuevo y lo viejo, deberíamos hablar de relaciones entre lo nuevo y lo previo.

Y llegó el Covid-19 y mandó a parar

La aparición del coronavirus y su pandemia atraviesan todas nuestras certezas, y de allí proviene parte de la incertidumbre que nos agobia y alcanza. Fernández, que padeció al virus y vivió seis semanas en vilo, sabe de qué habla. Y como la persona cuidadosa que es, recién introduce la realidad coronacénica a dos tercios de redactado el libro. Ya demasiadas tonterías se han dicho en su nombre para invocarlo sin efecto teórico alguno.

Consciente de los límites de las parroquias disciplinarias, Fernández dedica los capítulos finales a revocar muchas de nuestras convicciones dualistas acerca de lo virtual, las plataformas, la tecnofilia y sobre todo del escamoteo de la política y los negocios en nuestros actos cotidianos.

Es indudable que las personas pasamos cada vez más tiempo en el mundo virtual. Ya sea consumiendo contenido o produciéndolo, nuestra vida social parece haber dado un vuelco al universo de las nuevas mediatizaciones. Hay quienes sostienen que el COVID-19 modificó nuestras prácticas digitales adquiriendo nuevos hábitos. Otros opinan que, en

lugar de modificar lo que hacíamos, la pandemia aceleró un proceso larvado. Lo cierto es que hoy no solo los dispositivos digitales, sino también las aplicaciones de teleconferencia y mensajería, son parte de nuestra vida cotidiana sin parecernos extrañas.

Facebook no fue diseñada para temas laborales: fue una plataforma de contacto social. Y otro tanto pasó con WhatsApp, que se fue convirtiendo en una plataforma generalista. Estos procesos se van a naturalizar en la medida en que sigamos *hiperplataformizados* como resultado de la pandemia, con su consigna irrefutable: *Virtualidad o Muerte* (tanto física como simbólica).

Vidas Digitales es un esfuerzo por ver que no hay una sola nueva mediatización digital, que los medios viejos no se mueren, que van cambiando de lugar, que lo que importa no es lo que se dice solamente, sino el sistema en el que se lo dice o se lo muestra.

Va a haber hibridaciones y consumos online, en *streaming* pero también shows en vivo. Así como se extraña ver a los actores en el teatro y los recitales, se han producido muchas escenas que generan nuevos placeres, intereses y desafíos. Van a quedar hibridaciones en la línea de los museos de arte moderno que tienen salas de videoarte y también pintura en la pared o intervenciones en las salas. Estamos lejos de ver el límite, es un espacio de diseminación de la producción artística. Fernández apuesta a que va a haber una explosión de complejidades, de nuevas materialidades, espacios y tiempos para disfrutar de la expresión artística y el entretenimiento.

Los estudios sobre medios y audiencias partían de la presuposición de que hay unas instituciones, denominadas “medios” por la sociedad y sus estudiosos, que emiten señales portadoras de sentido y, frente a ellos, segmentos amplios de la población que reciben esas señales en posiciones de recepción estables. ¿El modelo? La lectura de libros, diarios y revistas, la expectación cinematográfica en salas especialmente diseñadas y la televisiva desde los sillones de un hogar.

Sin embargo, hay dos mediatizaciones muy importantes en el capitalismo que no responden a ese modelo: la comunicación en vía pública y la mediatización radiofónica. En ambas juega la movilidad desde momentos muy tempranos. Es decir, aun en la comunicación masiva, hacía falta revisar la noción de audiencias. El estudio de las plataformas mediáticas de la actualidad permite comprender mejor ese fenómeno poco registrado.

En segundo lugar, las nuevas mediatizaciones construyen nuevas audiencias que no solo reciben, sino que también emiten. Es decir que las interacciones pueden ser ahora visibles, aunque no sean todas las que ocurren (hay muchos usuarios de plataformas que no postean). ¿Por qué las mediatizaciones en plataformas deben ser entendidas, a su vez, como contextos sociales específicos? Porque se entra a Facebook, Twitter, YouTube, Instagram, TikTok, Tinder y WhatsApp o a un *home banking* y a sus diversas aplicaciones, a realizar actividades que antes se hacían en una visita, una oficina, un club,

un bar o aún en un recorrido callejero. En las plataformas, si bien lo central son los intercambios discursivos, se realizan muy diversas actividades e intercambios de la vida social.

Epistemología del *entanglement*

Durante la cumbre de *Knotty Objects* en el MIT Media Lab (julio de 2015), Paola Antonelli, Kevin Slavin y Neri Oxman se centraron en cuatro *objetos nudosos* como arquetipos: un teléfono, un ladrillo, un *bitcoin* y un filete. Cada uno planteó un contexto particular para su anudamiento: la comunicación, el entorno construido, el comercio y la gastronomía. Pero cada uno también suplicó ser explorado a través de muchos reinos.

Kevin Slavin habló sobre el teléfono y su ubicuidad total en todo el mundo como método de comunicación, comercio y navegación. Recorriendo la retematización del *smartphone* a la luz del ciclo de la creatividad, reconocemos la mirada polifuncional que Fernández volcó en *Vidas Mediáticas* pero con extensiones no entrevistas o desarrolladas aun aquí y que sugerimos podrían complementar el programa de investigación del autor.

Más arriba recordamos que Fernández acotó su campo de estudio del que (como hiciera Platón con los poetas) expulsa a los epistemólogos (no se puede incluir sin excluir). Como miembro de esa tribu (in)justificadamente excluida, queremos aquí tender puentes con ese afuera, y sugerirle al autor otras valencias en donde encastrar sus electrones.

Nos fascinó la investigación mosaico y el *pattern-recognition* que recorre profusamente las páginas de su obra. Podríamos eso si expandir el contexto, buscar otras asociaciones (*anti*)disciplinarias, enlazar con trayectorias de investigación neonatas que van más allá del análisis y se entroncan con el diseño.

Quizás no solo debemos des-integrar la semiología de/con todas las disciplinas que propone Fernández, sino iniciar un nuevo tipo de conversaciones/acciones siguiendo el *Ciclo de Krebs de la Innovación*, una propuesta conjunta de John Maeda y Neri Oxman.

Según la genial biodiseñadora (mucho más abonada a lo antidisciplinario que a lo inter- o transdisciplinario) generalmente, el arte es para la expresión, la ciencia para la exploración, el diseño para la comunicación y la ingeniería para la invención. ¿Por qué en vez de tener estos cuadrados, no crear un círculo, un reloj para moverse entre ellos? El aporte de una disciplina se transforma en el producto de otra. Si lo pensamos, la ciencia convierte la información en conocimiento. La ingeniería convierte el conocimiento en utilidad. El diseño convierte la utilidad en comportamiento y contexto cultural. Luego, el arte toma ese comportamiento cultural y cuestiona nuestra percepción del mundo. Un flujo de creatividad entre las distintas disciplinas.

El diseño pensado para embellecer el mundo no sobrevivirá. Para crear, hay que cuestionarse, animarse, sentirse algo incómodo, asegura Oxman. Es así que su “arca de Noé” (como la arquitecta nombra las cabezas y manos de su equipo), crea soluciones para problemas que aún no se conocen. Diseñar nuevos materiales para, con y por la naturaleza es una de las premisas

En sus proyectos más recientes como *AguaHoja*, la meta-arquitecta alteró el ciclo industrial de extracción y obsolescencia de materiales mediante la creación de objetos que exhiben propiedades mecánicas y ópticas ajustables, y responden a sus entornos de formas que son imposibles con materiales sintéticos. Durante el uso, estos aspectos permiten que la estructura se comunique y responda a su entorno; una vez obsoleto, se biodegrada, disociando sus componentes moleculares para impulsar un nuevo crecimiento.

La muestra “*Neri Oxman: Material Ecology*” que hasta fines de Octubre de 2020 se exhibió en el MoMA (Museo de Arte Moderno de Nueva York), hizo foco en los materiales y no en los objetos que pueden producirse a partir de esos materiales. “Ecología material” es el término que eligió Oxman para definir el proceso de unir la ciencia de los materiales, las tecnologías de fabricación digital y el diseño orgánico, para producir técnicas y objetos “informados” por la sabiduría estructural, sistémica y estética de la naturaleza.

Si bien los objetos que se muestran en estas galerías son fascinantes en sí mismos, tomados en conjunto, constituyen una filosofía revolucionaria de diseñar, hacer, e incluso deshacer, el mundo que nos rodea. ¿Cómo incluir a la semiohistoria y a la ecología material de los medios en esta conversación primigenia?

Adiós, o sea bienvenida

El estilo de escritura fragmentaria y en mosaico propio de *Vidas Mediáticas* nos recuerda con mucha alegría las obras de Harold Innis. Según McLuhan, Innis exploraba la cultura con un “contador *geiger*”. Invitaba al lector a descubrir nuevos hechos y relaciones sin parar. Innis dejó de lado él o los puntos de vista, y propuso un método de interfases que buscaban el contraste y la irritación entre los elementos analizados. Mientras que un punto de vista es tan solo una manera de ver algo, un *insight* es la comprensión inmediata de un complejo proceso de interacción.

Entre clasificar conocimientos (algo propio de la historia académica y profesional, exacerbado desde el advenimiento del paradigma digital como modelo de todo saber) y reconocer patrones, Innis (al igual que Gregory Bateson y que el propio Marshall McLuhan) estaba de este lado del mostrador.

Cada frase de Innis era una monografía o libro condensado. Cada página incluía una biblioteca. Las conexiones que planteaba no eran entre ideas o autores, sino entre instituciones y poderes. Obsesionado por (la denuncia de) los monopolios, toda su obra estuvo volcada mucho más del lado de la genealogía del poder que del de la arqueología del saber (Foucault).

Mutatis mutandi encontramos muchos de estos pasos en esta bella obra (aunque nada fácil de leer, entender y apropiar) de Fernández. Fiel a su laboratorio semiótico, exige que el lector la recorra de múltiples modos, buscando diferentes insumos, y generando sus propios esclarecimientos.

Esto hemos hecho aquí con una enorme ganancia personal y esperamos que sirva como invitación para que cada uno de quienes se animen a pensar con(tra) ella puedan agenciarse de enormes ganancias intelectuales y emocionales como nos ha ocurrido a nosotros.

|10|

Tigre, 19 de Mayo de 2021